



CTK inicia con un retiro otro año de clases



y doloroso, se sanó mientras hablaba Sergio.

El retiro concluyó con un culto participativo y una comida fraternal.

La enseñanza versó sobre recuperar el sentir de participación en la misión de Dios, de forma que la iglesia se entiende en ese servicio de lo que Dios ya está haciendo. Se incidió en el concepto de iglesia misional y el estilo de vida misional, que no es otra cosa que volver a recuperar el énfasis bíblico de que todos los seguidores de Jesús somos luz allí donde estamos.

El retiro, creemos, fue de mucho

ánimo para todos los asistentes y fue sufragado en parte con una generosa donación del Comité Central Menonita.

CTK (Centro Teológico Koinonía), es una escuela bíblica, teológica y de formación de líderes para las iglesias, en el ámbito de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas, y Hermanos en Cristo – España). Es justo reconocer, también, que una proporción elevada de sus estudiantes vienen de otras tradiciones eclesiales.

El Escorial, octubre — El fin de semana del 20-22 de octubre CTK inauguró su séptimo año de vida con un encuentro/retiro en las renovadas instalaciones del Monasterio de Preslado, en El Escorial. El retiro disfrutó de una concurrida asistencia de unas cuarenta personas donde se estudió el tema de «Misión y evangelización en la Biblia y en la actualidad».

El curso fue impartido por Sergio Rosell y por Antonio González, quien dirigió una de las sesiones de la tarde cuando el grupo de estudiantes salió a las calles de El Escorial para orar por sanidad y compartir el mensaje del evangelio. Los informes que se compartieron fueron muy alentadores: tres personas hicieron un compromiso de seguir a Jesús y muchas personas fueron sanadas de sus dolencias. Además, una mujer de Hoyo de Manzanares, con un problema crónico



También en este número:

El evangelio del Mesías	2
500 aniversario. El día después	4
Noticias de nuestras iglesias	6
El sol y la luna en Josué 10	7
Diccionario: alma	8

Ahora entiendo el evangelio (10/20)

El evangelio del Mesías

por Antonio González

El evangelio es descrito con frecuencia en el Nuevo Pacto como «el evangelio de Cristo» (Ro 15,19; 1 Co 9,12; 2 Co 2,12; 9,13; 10,14; Ga 1,7; Flp 1,27; 1 Ts 3,2). Literalmente, como sabemos, esto significa «evangelio del Mesías». Y el Mesías es el ungido para ser rey. Estamos entonces en el tercer elemento del evangelio: el evangelio como anuncio del reinado. Ahora bien, ¿cómo se pasa de la resurrección de Jesús al anuncio del reinado?

1. La entronización mesiánica

Lo decisivo es que el cristianismo primitivo entendió la resurrección de Jesús como una entronización mesiánica. Durante la vida terrena de Jesús, su identidad como Mesías no había sido aceptada por todos. Jesús parece haber preferido ocultarla, tal vez para evitar el equívoco de considerarle como un aspirante a configurar Israel como un estado independiente (Jn 6,15). Algunos le consideraron como un falso profeta, otros como un verdadero profeta, y otros sí le aceptaron como Mesías (Mc 8,27-30), y no entendieron que Jesús no se portara como un candidato a monarca (Jn 7,1-9).

En cambio, la resurrección de Jesús dejó todo claro para los discípulos. Jesús era el primero de los resucitados, el primogénito de entre los muertos, y de este modo, quedaba situado a la cabeza del pueblo de Dios. Mediante la resurrección de Jesús, Dios habría declarado que Jesús

era realmente el Mesías. Esto es justamente lo que nos dice Pablo en su presentación:

Pablo, siervo del Mesías Jesús, llamado a ser apóstol, separado para el evangelio de Dios, el cual él había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Santas, acerca de su Hijo, el que era de la simiente de David según la carne, el que fue declarado Hijo de Dios en poder según el Espíritu de Santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesús Mesías, el Señor nuestro (Ro 1,1-3).

Para entender correctamente esta afirmación, hay que tener en cuenta que, en el judaísmo del tiempo de Jesús, y de Pablo, «hijo de Dios» todavía no significaba, como para los cristianos posteriores, la segunda persona de la Trinidad. «Hijo de Dios», o «hijo del Bendito», era una manera usual de referirse al Mesías.

Con ello, los judíos no daban a entender que el Mesías fuera una persona divina, sino simplemente se referían a una vinculación especial del Mesías con Dios. Este modo de hablar del Mesías se basaba en la profecía de Natán a David, interpretada en clave mesiánica. Allí se decía que el hijo de David sería como un hijo para Dios, y que Dios sería como un padre para él (2 Sam 7,14).

Por eso, cuando el sumo sacerdote le preguntó a Jesús si era hijo del Bendito, no le estaba preguntando si era la segunda persona de la Trinidad,

sino solamente le estaba preguntando si era el Mesías (Mc 14,61). Del mismo modo, cuando Pedro, antes de la resurrección, afirmaba que Jesús es «el hijo del Dios viviente» (Mt 16,16), todavía no le estaba reconociendo un carácter divino, sino que simplemente lo estaba aceptando como Cristo (Mesías), tal como se ve en ese mismo texto y en sus paralelos, en los que simplemente se habla de Jesús como Mesías (Mc 8,29; Lc 9,20).

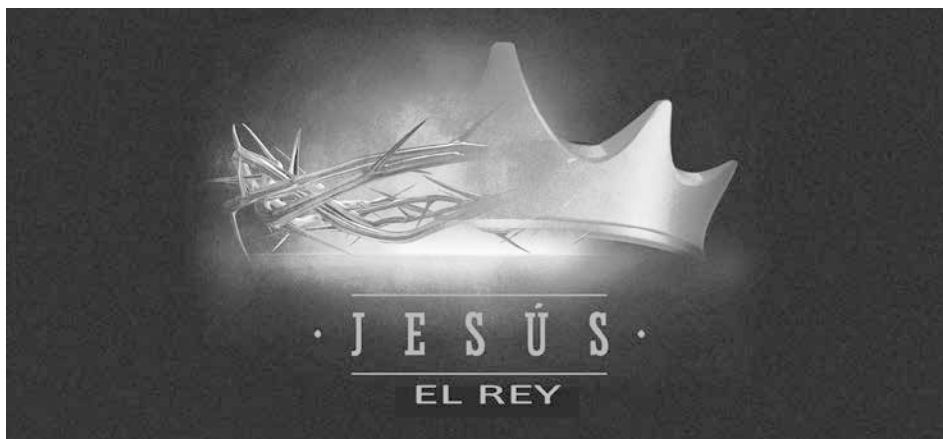
De entrada, lo que el texto de Pablo nos dice, por tanto, es que Jesús fue declarado Mesías por la resurrección de los muertos. Y esto tiene importantes consecuencias, que llevarán a reconocer a Jesús no sólo como Mesías, sino también como la Palabra eterna de Dios, como su Hijo unigénito. Veamos esto más despacio.

2. A la diestra de Dios

El que Jesús fuera declarado como Mesías por su resurrección no significa sin más que Jesús tuviera un carácter divino. Nadie pensaba en el tiempo de Jesús que el Mesías hubiera de ser algún tipo de ser divino. El Mesías sería simplemente un rey ungido, que restauraría la dinastía de David, devolvería la independencia al estado de Israel, vencería a los paganos, inauguraría una era de abundancia y justicia, etc. Sería un ser humano excepcional, guiado y protegido por Dios, pero nada más.

Ahora bien, Jesús no había predicado tal Mesías, ni había querido presentarse como tal. Más bien Jesús había predicado el reinado de Dios. Y con esto conectaba con importantes tradiciones de Israel, recogidas en el Antiguo Pacto. Como vimos, para Israel, si Dios es rey, no hay mucho lugar para otros reyes. La monarquía había sido considerada en gran medida como culpable de una idolatría que se podría ver como casi intrínseca a la misma, desde el momento que introduce otros señoríos, distintos del señorío de Dios.

Uno puede preguntarse qué sucede entonces con Jesús. Si Jesús es el



Mesías, ¿no tenemos de nuevo el mismo problema que Jesús, y los profetas, habían querido evitar? ¿No tenemos ahora alguien que ejerce el reinado sobre Israel, aparte de Dios? ¿No tenemos de nuevo la introducción de un nuevo señorío, distinto del señorío de Dios?

La respuesta del cristianismo primitivo fue distinta. Cuando Pablo, el escritor más antiguo del Nuevo Pacto, se dirige a los cristianos de Roma, a los que todavía no conocía, da por supuesto que estos cristianos consideran, igual que él mismo, que Jesús el Mesías está sentado a la derecha de Dios (Ro 8,34). No es algo que Pablo tuviera que explicar, sino era algo que todos los primeros cristianos creían.

Se trata de una expresión que los primeros cristianos tomaron del salmo más citado en todo el Nuevo Pacto (Sal 110,1), que sirvió para entender el lugar especial en que la resurrección había situado al Mesías. La imagen de Jesús a la diestra de Dios aparece frecuentemente en el Nuevo Pacto (Mc 16,19; Lc 22,69; Hch 2,37; 5,31; 7,55s; Col 3,1, Heb 10,12; 12,2; 1 Pe 3,22), y sirvió para entender de un modo nuevo la realidad de Jesús.

3. Un solo reinado

Todavía tendremos que analizar más detenidamente todas las implicaciones de esta imagen de Jesús «a la diestra de Dios». Por de pronto, lo que la imagen quiere decir es que no estamos ante un reinado del Mesías distinto o independiente del reinado de Dios. Jesús, sentado junto a Dios, ejerce el reinado de Dios. El reinado del Mesías es el mismísimo reinado de Dios. Esto es lo que nos dice Pablo en su presentación del evangelio: Jesús ejerce el reinado, para entregarlo finalmente al Dios y Padre (1 Co 15,24). No son dos reinados, sino uno solo.

A veces se ha dicho muy superficialmente que Jesús anunció el reinado de Dios, y que el cristianismo habría anunciado a Jesús como Cristo, y que esto sería algo completamente distinto. Este tipo de afirmaciones ignoran el significado mismo de la palabra «Cristo», y pasan por alto la fundamental continuidad, sin la cual

no se puede entender el evangelio. Jesús anunció el reinado de Dios, y este mismo reinado es el que ejerce el Mesías. ¡En eso mismo consiste el evangelio!

El cristianismo primitivo expresó esta unidad de un solo reinado utilizando a veces una imagen muy expresiva. Jesús no sólo estaría sentado a la derecha de Dios. Estaría sentado en el mismo trono de Dios. Sería justamente «el trono de Dios y del Cordero» (Ap 22,1.3).

Para muchos judíos del tiempo de Jesús, ni los patriarcas ni los arcángeles se podían acercar al trono de Dios. En cambio, según los primeros cristianos, el Mesías está sentado en el mismísimo trono de Dios. Es una manera de decirnos que no hay dos reyes, ni dos reinados. Se trata de un solo y único reinado, y por eso hay solamente un trono.

Esto significa entonces que, para el cristianismo primitivo, anunciar a Jesús como Mesías, anunciar «evangelio de Cristo», no era algo distinto de anunciar el reinado de Dios. El Mesías es el rey ungido que reina desde el trono de Dios, porque solamente hay un reinado, y este reinado es el mismo reinado de Dios, anunciado por la Ley, por los profetas, y por Jesús mismo desde el principio de su ministerio.

El libro de los Hechos nos presenta muchas veces a lo largo de sus páginas el anuncio que los primeros cris-

tianos hacían de Jesús como Mesías. Pero el mismo libro también nos habla de que los cristianos anunciaban las buenas noticias del reinado de Dios (Hch 8,12; 14,22; 19,8; 28,23.31.). Sin embargo, en varias ocasiones se ve que ese anuncio del reinado de Dios es también el anuncio de Jesús como Mesías (Hch 8,12; 28,23.31).

Significativamente, el libro de los Hechos termina con Pablo «predicando el reinado de Dios y enseñando todo lo relativo al Señor Jesús el Mesías» (Hch 28,31). Se trata del resumen de la predicación cristiana, en el que se nos muestra claramente que estamos ante un solo reinado: el único reinado de Dios, ejercido por Jesús el Mesías.

4. Para la reflexión

- Lee el Salmo 110. ¿Por qué crees que es el salmo más citado del Nuevo Pacto?
- ¿Por qué piensas que Jesús no quiso proclamarse públicamente como rey ungido o Mesías?
- ¿Por qué crees que Jesús fue proclamado claramente como Mesías después de la resurrección?
- ¿Hay una contradicción entre anunciar el reinado de Dios y anunciar a Jesús como Mesías? ¿Por qué?

Nadie pensaba en el tiempo de Jesús que el Mesías hubiera de ser algún tipo de ser divino. El Mesías sería simplemente un rey ungido, que restauraría la dinastía de David, devolvería la independencia al estado de Israel, vencería a los paganos, inauguraría una era de abundancia y justicia, etc.

500 aniversario de la Reforma

El día después

por Dionisio Byler

Ahora que con la víspera de Todos los Santos ha pasado el Día de la Reforma, con la conmemoración mundial del 500 aniversario de las 95 tesis que clavó Martín Lutero en la puerta de aquella iglesia de Wittenberg en 1517, creo que toca una mirada sobria a la historia europea posterior.

Por una parte seguramente es correcto, desde la perspectiva de esta distancia de medio milenio, aceptar que en el reino de las ideas, de los conceptos abstractos de la teología cristiana, hubo algunos avances notables que es posible asociar con el auge del protestantismo.

Tras el invento de la imprenta de tipos móviles en el siglo XV y el interés creciente en toda Europa en recuperar la literatura «clásica» (las grandes obras literarias de la época del Imperio Romano), probablemente era inevitable la atención renovada que recibió la Biblia. La cultura europea en general sufría esa transformación que se dio en tildar de Renacimiento, donde se consideraba que los grandes autores del pasado fueron en todos los sentidos superiores a los de los siglos recientes. Era seguramente inevitable, entonces, que se empezara a considerar también que los autores del Nuevo Testamento son superiores a los grandes teólogos cristianos posteriores.

Es posible que tarde o temprano ese interés renovado en el Nuevo Testamento desembocaría —con o sin Reforma protestante— en la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas europeas y su publicación impresa y distribución masiva entre la población cristiana. La realidad sin embargo es que ese fenómeno, la traducción, impresión y distribución masiva de la Biblia, cobró su principal impulso y protagonismo en territorios gobernados por soberanos protestantes. Esa recuperación del protagonismo de la Biblia se ha de asociar para siempre, legítimamente, al auge del protestantismo.

Aunque muchos consideran que la división de la iglesia única y monolítica en multitud de denominaciones e iglesias locales independientes es un atraso y un defecto del protestantismo, el hecho es que la desaparición del pensamiento único, la libertad para cada cristiano desarrollar su relación con Dios conforme a criterios que le satisfagan personalmente en lugar de verse obligado a someterse a las ideas de otros, es un avance notable para la humanidad.

Bien es cierto que esto no fue nunca la intención del protestantismo. Surgido como iglesias nacionales controladas por sus soberanos políticos y con un clero que imponía sus ideas de forma tan monolítica como lo seguía haciendo entre los católicos el clero católico, el protestantismo derivó rápidamente en la misma intolerancia de la diversidad como la que acusaban en el catolicismo. Pero resultó imposible mantener ese pensamiento único en iglesias nacionales, y fueron surgiendo multitud de «denominaciones» de todo tipo. También es cierto que muchas de esas iglesias que iban naciendo fueron internamente intolerantes de la diversidad, erigiéndose en sectas que controlaban furiosamente todos los detalles de la vida de sus adeptos, desde la vestimenta exterior hasta la intimidad personal y de familia. La dominación del prójimo por un clero que se vanagloriaba de representar la voluntad inquebrantable

de Dios fue tan «normal» en el protestantismo y en la multitud de sus agrupaciones y sectas, como lo pudo seguir siendo en el catolicismo.

Sin embargo, y esto también hay que decirlo, al cabo de cinco siglos todo ello ha derivado en nuestra situación actual, donde cada cristiano en particular es libre de elegir a quién va a oír, a quién va a creer, y qué es lo que va a considerar como «autoridad» para sus creencias. Y esto es a todas luces un avance importante, digno de celebrar, que en principio hay que atribuir al protestantismo aunque no fuera en absoluto la intención de la Reforma ni de los reformadores.

Y así podríamos seguir catalogando diversos aciertos del protestantismo, como se viene haciendo a lo largo de este año 2017.

La honestidad nos hace tener que considerar también, sin embargo, que el nacimiento y posterior establecimiento del protestantismo en algunos países de Europa coincidió en el tiempo con los siglos cuando el cristianismo se confirmó como un sistema de pensamiento capaz de inspirar las más atroces crueldades del ser humano contra su prójimo, dando lugar a guerras largas y especialmente mortales. Pocas veces ha visto la humanidad tan terrible maldad como la de los cristianos cuando decidieron —en los siglos XVI y XVII— que Dios les mandaba defender la pureza





de sus doctrinas atacando viciosamente al prójimo con descalificaciones de bulto, torturas, caza de brujas, persecución de herejías, intolerancia absoluta de ideas discrepantes, odio a muerte, y guerras de religión.

¿Ha sufrido el centro de Europa alguna vez violencia tan cruenta como la Guerra de los Treinta Años en el siglo XVII, con motivaciones presuntamente religiosas? ¿Ha sufrido Inglaterra en su historia otra Guerra Civil tan atroz como la que en ese mismo siglo XVII padeció entre los puritanos y los evangélicos menos fanáticos?

La malevolencia del cristianismo como sistema de adoctrinamiento se confirmó en todas sus diferentes variantes: la católica, pero también las diferentes formas de protestantismo. Ni siquiera se vio del todo exenta de esa maldad sistemática del cristianismo la variante anabaptista, aunque también hay que decir que el episodio de Múnster fue absolutamente atípico.

La caza de brujas es un buen ejemplo de la época.

La furia con que ciertos varones cristianos especialmente religiosos se ensañaron con estas mujeres ya había empezado bastante antes de la Reforma y continuó en oleadas de violencia macabra durante siglos. Es curioso que aunque no hay en la Biblia ningún mandamiento que lo ordene, el clero protestante, que decía basarse en la

Biblia, no se dejó adelantar por el clero católico en su miedo al poder de aquellas mujeres que habían aprendido de sus madres y abuelas a utilizar hierbas medicinales y métodos tradicionales para curar. Les pareció perverso que existiesen mujeres que de esta y otras muchas formas se demostrasen capaces de vivir y pensar de maneras independientes al control masculino. A pesar de la presunta sabiduría divina de sus libros sagrados, dieron crédito a fábulas absurdas como la de mujeres capaces de volar sentadas sobre palos de escoba. Ignorando el testimonio bíblico sobre la existencia de un solo y único Dios, dieron rienda suelta a fabulaciones sobre el diablo y sus presuntos pactos con esas mujeres independientes. Hicieron de Satanás un presunto rival de Dios, de donde pudieran venir los poderes espantosos femeniles que ellos les atribuían por la pesadilla de sus miedos.

Esto no fue fruto de la Reforma. Venía de antes y existió igualmente en territorios católicos (aunque tal vez con menor frecuencia y fanatismo). El problema es que en aquellos siglos el protestantismo supo defender con espada y cañón la corrección absoluta de sus doctrinas presuntamente bíblicas, pero no supo refrenar una maldad tan obvia y evidente como el fenómeno de la persecución de mujeres infelizmente acusadas de brujería.

Tristemente, la tendencia al fanatismo, la credulidad exagerada disfrazada de fe auténtica en Dios, la aparición a cada tanto de nuevas sectas sometidas al control férreo de «pastores» cuyas tácticas de manipulación y control psicológico son más propias de «lobos», la palabrería vana y sin sentido de creer en la Biblia pero no seguir a Jesús con obras evidentes de amor al prójimo, todo esto sigue siendo un lastre pesado que arrastran hasta hoy muchas iglesias evangélicas. No la mía ni la tuya, por supuesto, pero todos hemos oído de casos así y algunos tal vez hemos tenido que sufrir en el pasado la «autoridad» de un líder así.

Inspirados en una frase que empleó Karl Barth, un teólogo protestante importantísimo del siglo XX, muchas iglesias de la tradición Reformada (en este país por ejemplo la Iglesia Evangélica Española, IEE) declaran como su lema *Ecclesia reformata semper reformanda* («Iglesia reformada siempre reformando»), con el sentido de que «La Iglesia, si es que vaya a ser propiamente Reformada, se tiene que estar reformando continuamente».

Este puede y debería ser el legado permanente de la Reforma protestante, un legado que también podríamos adoptar como propio los descendientes del anabaptismo pacífico y no violento de aquellas generaciones.

Es justo y necesario reconocer los avances a que Dios ha guiado a su iglesia en el transcurso de los siglos. Pero es igualmente justo y necesario resistirnos a idealizar esas generaciones del pasado ni idolatrar a sus líderes ni sacralizar sus ideas de la verdad y la justicia. Es justo y necesario reconocer también los pecados del pasado, la terrible perversidad de aquellas generaciones de cristianos que se torturaban y mataban entre ellos para la presunta gloria de Dios.

Es justo y necesario, también, hacer examen de conciencia, no sea que en nuestra generación también los cristianos seamos culpables de intolerancia, exclusión y odios inconfesables.

Noticias de nuestras iglesias

Olimpiada evangélica

Barcelona, 14 de noviembre — El pasado sábado 11 de noviembre los niños y jóvenes de la Comunidad Menonita de Barcelona participaron en la 32a Olimpiada Evangélica. Es verdad que si bien no ganamos medallas, al finalizar el día nos sentimos vencedores en diversión, alegría y comunión. Fue un tiempo de mucha bendición junto a muchos hermanos y hermanas de casi 100 iglesias. -David Becerra

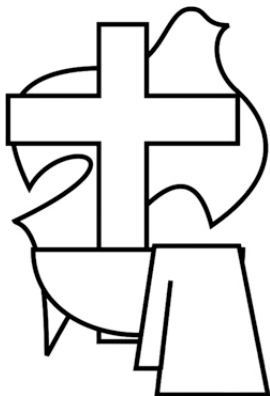


HEC en Figueras

Madrid, 16 de noviembre — ¡Damos una muy calurosa bienvenida a la iglesia de Hermanos en Cristo en Figueres! La familia Meza ha comenzado un pequeño grupo en Figueres procedentes de las iglesias de los Hermanos en Cristo de Honduras. Nos enteramos hace solo un mes que existían, gracias a unos amigos nuestros en Honduras. Tuvimos el privilegio de recibir y conocer al Pastor Antonio Meza y su mujer Reina Ramírez en el fin de semana de CTK en octubre. Ellos son los padres de la familia Meza aquí en España, que vive en Figueres. Nuestra familia va creciendo gracias a Dios.

Nos regocijamos en poder conocer a esta nueva comunidad y esperamos poder estrechar los lazos fraternales que nos unen.

-Merly Bundy



Logotipo de las iglesias HEC



Miguel Ángel Vieira, anciano de la iglesia anabautista en Burgos, fue el organizador principal de la conmemoración de Enzinas.

Conmemoración de Francisco de Enzinas

Burgos, 16 noviembre — Como ya se anunció en el N° 170 (octubre) de El Mensajero, va avanzando en Burgos el gran número de eventos que con la ocasión del 500 aniversario de la Reforma Protestante, se están celebrando en memoria del burgalés Francisco de Enzinas, autor de la primera traducción castellana desde el texto original griego del Nuevo Testamento y una de las figuras más significativas del Humanismo del primer siglo de la Reforma en España.

El centro Asociado de la UNED en Burgos ha acogido este miércoles una jornada cultural centrada en Enzinas. El acto contó con la participación de

Miguel Ángel Vieira, presidente de la Asociación Cultural Francisco de Enzinas Dryander de Burgos, y Antonio González Fernández, Doctor en Teología por la Hochschule Sankt Georgen de Frankfurt.

El anuncio de la UNED ponía que González, «en su charla “Humanismo, protestantismo y Reforma radical. La dignidad humana: el lugar de Enzinas” mostrará el lugar especial que Francisco de Enzinas ocupa en la historia de la reflexión sobre la dignidad del ser humano, a caballo entre el humanismo, la reforma y la modernidad. González se ocupará de las fronteras entre humanismo, protestantismo y reforma radical y abordará el significado de esas posiciones clásicas del Renacimiento en la actualidad».

El sol y la luna en Josué 10

El periódico El País, en su edición del 30 de octubre, trae un artículo firmado por Miguel Ángel Criado, con el título de «Un pasaje de la Biblia recoge el registro más antiguo de un eclipse solar»¹. Añade, como subtítulo, que: «El 30 de octubre de 1207 antes de Cristo se produjo un eclipse solar sobre la antigua Canaán».

El artículo trae información muy interesante acerca de los avances en el cálculo de fechas para eclipses de otras eras, que tienen ahora en cuenta las pequeñas variaciones en la rotación de la tierra. De ahí la exactitud de la fecha y lugar de la Tierra que da para ese eclipse.

Lo más interesante para mí, como estudiante toda mi vida de los textos bíblicos, es que a alguien se le ha ocurrido comparar la fecha de ese eclipse —en sí nada extraordinario— con el relato de la batalla de los israelitas bajo el mando de Josué, contra los amorreos, en Josué 10. Todos recordamos, aunque hayamos olvidado el lugar exacto donde se encuentra en la Biblia, el episodio donde Josué ordenó al sol y la luna detenerse durante el transcurso de una batalla contra los amorreos. Pues a alguien se le ha ocurrido pensar que lo que está describiendo esto no es la prolongación artificial de un día, sino la aparición en el cielo de un eclipse.

Efectivamente, como alega este artículo, una lectura atenta de Jos 10, 12-13 descubre que no dice que el día se alargase, sino que Dios intervino sobrenaturalmente para conceder a los israelitas la victoria. Lo que pone es que el sol y la luna protagonizaron un evento extraordinario durante aquella batalla.

En el versículo 12 el verbo que describe lo que hace el sol es tal vez «detenerse», pero se podría traducir también perfectamente como «cesar», incluso «enmudecer». No es imposible entender que nos están diciendo que el sol cesó... *de brillar*; y ¿qué sería «enmudecer» el sol, si no *oscurecerse*? En cuanto a la luna, dice que

se paró, que «se detuvo». No es imposible imaginar que lo que hizo fue *quedarse ahí*, es decir, quedarse bloqueando la luz solar, durante algún tiempo. Dice el vers. 13 que el sol no se dio prisa en salir. Ese «salir» sin darse prisas podría ser, naturalmente, marcharse o ponerse el sol, indicando un día extraordinariamente largo. Pero bien pudiera ser que el sol no se dio prisa en salir... de estar escondido detrás de la luna. En ese caso los guerreros hebreos habrían aprovechado el estupor y miedo de los amorreos ante ese portentoso celeste, para acabar con ellos. Y así habría concedido el Señor la victoria a los israelitas.

Ahora bien, lo que me interesa de este artículo no es poner fecha a una batalla del Antiguo Testamento, ni siquiera confirmar que es posible interpretar este episodio bíblico de tal suerte que lo que a una persona con poca fe le pudiera parecer disparatado, ahora cualquiera —con fe o sin fe— pueda aceptar como razonable. Estoy convencido de que los relatos del Antiguo Testamento tienen su propia lógica y razón de ser, que no es tanto informar fehacientemente sobre eventos de hace miles de años, sino inspirar a una reflexión sobre cómo «ver» a Dios actuar en medio de nuestras vidas y en los eventos contemporáneos que nos toca vivir. Las personas de fe serán capaces de comprender que Dios está presente, de formas insospechadas para quien carece de fe, en hechos contemporáneos como el conflicto en Cataluña o la elección de Trump en EEUU o el Bréxit británico y su impacto en la Unión Europea. Exactamente como los autores de las narraciones bíblicas comprendieron que Dios venía estando presente en el pasado histórico de su pueblo.

No, lo que me interesa aquí es la humildad hermenéutica a que nos invita esta interpretación novedosa de un pasaje muy conocido de la Biblia. Por «humildad hermenéutica» me refiero a humildad en cuanto a nuestra capacidad para interpretar correctamente, para entender sin equivocarnos, una inmensa proporción de lo que leemos en la Biblia. Es perfectamente verosímil interpretar ahora que lo que describe Jos 10,12-13 es, en efecto, un eclipse solar; y si tradujésemos esos versículos de manera que esto resultase evidente, lo haríamos sin forzar en absoluto el sentido de las palabras hebreas. Pero no es así como se viene interpretando tradicionalmente, ni lo que pensábamos que daban a entender nuestras traducciones tradicionales del texto bíblico.

La Biblia es una colección de escritos antiquísimos. Las partes más «nuevas», el Nuevo Testamento, tienen ya casi dos mil años y nos llegan desde una civilización que hoy nos resulta tan extraña como si se tratase de caníbales de una isla del Pacífico.

Pero a través de la Biblia Dios nos sigue hablando hoy. Nos habla con claridad. Interpela nuestra voluntad, nos invita a superarnos en justicia, amor al prójimo, una moral rutilante, una conciencia social solidaria, todo ello basado en amar al Señor con todo nuestro ser. En cuanto a esto, el mensaje de la Biblia es prácticamente imposible de equivocar. Si para llegar a esto resulta que estamos interpretando equivocadamente millares de detalles, ¿qué más da!

Ama a Dios y al prójimo, y vive con humildad y justicia esta vida que el Señor te da. Todo lo demás es adorno. [*Dionisio Byler*]



¹ https://elpais.com/elpais/2017/10/30/ciencia/1509320354_876281.html

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

alma — En la antigüedad cristiana fue tema de debate intenso, de ánimos exaltados, la cuestión de si es que las mujeres tienen alma. Al final, parece ser, venció la opinión de que sí. Por lo menos no me consta que hoy día nadie defienda ya lo contrario.

El alma es algo que todo el mundo sabemos lo que es pero no solemos detenernos a considerar en qué consiste. Desde que aprendimos a hablar venimos oyendo y empleando esa palabra, «alma», como si supiésemos de qué se trata. Pero, ¿qué es, exactamente?

Ese debate de otra era sobre el alma y las mujeres se ha trasladado, tal vez, aunque desde luego con menor intensidad y exaltación, a si es que tienen alma los animales. No es un absurdo. La palabra «animal» viene de la forma antigua de pronunciar y escribir «alma», que se decía «ánima». Los seres animales —hoy tal vez diríamos «animados»— eran aquellos que tienen aliento y movimiento de propia voluntad, cosa que no tienen las plantas ni las cosas inertes como piedras y metales.

Nuestra palabra castellana «alma» suele aparecer donde en el texto bíblico pone en griego *psyché* (o «psique»). Esto explica, por ejemplo, los siguientes versículos de 1 Corintios 15, en la versión Reina-Valera:

⁴⁴ *Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual.* ⁴⁵ *Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.* ⁴⁶ *Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual.*

Hoy entenderíamos mejor si donde Reina y Valera pusieron «cuerpo animal» pusiéramos «cuerpo psíquico» como lo contrario a «cuerpo espiritual». (Entonces el primer Adán tendría que ser «una *psique* viviente».) Pero esto nos genera sus propios problemas de comprensión. Cuando hoy día entendemos que tanto lo psíquico como lo espiritual vienen a ser realidades que son todo lo contrario a lo material, como abstracciones

de lo interior, mental, invisible, imposible de localizar en ningún lugar concreto del cuerpo, ¿qué vendrían a ser esos cuerpos psíquicos y espirituales? ¿Y qué quiere decir Pablo al distinguir entre unos y otros?

El estudio moderno de la *psique* humana, esa interioridad de la persona que fija nuestros deseos, impulsos, amores y odios absolutamente personales, nos permite sin embargo seguir contrastando a quien vive impulsado solamente por ello, frente a quienes se dejan gobernar por otro tipo de interioridad inspirada más directamente por estar en comunión con Dios. Aunque supongo que a cualquier psicólogo que se precie, esto último le tiene que parecer disparatado. Al final, por mucho que uno crea en la existencia de Dios y en la capacidad de relacionarse con Dios, desde el punto de vista puramente psicológico supongo que seguimos hablando de la propia interioridad humana, la *psique*. Yo creo en Dios, por supuesto, y me sé en relación con Dios. Pero si me está tratando un psiquiatra, no tiene por qué él o ella pensar que haya en mí esencia personal nada propiamente «espiritual», que falta en sus demás pacientes y que por eso me distingue de todos ellos.

Entonces yo, como cristiano, y cualquier persona atea que me conozca, estamos destinados a no entendernos cuando hablo de la posibilidad de ser espiritual y no solamente «almal» o psíquico. Emplearíamos ambos la lengua castellana, pero como si fueran idiomas diferentes. Esto no sucedía en el entorno grecorromano en que escribía el apóstol Pablo. Todo el mundo podía entenderle y todo el mundo, por paganos que fuesen, sabían a qué se refería. Esa era la civilización de entonces y eran formas de pensar comúnmente aceptadas entonces. Pero desde entonces han pasado dos mil años y lo que antes todo el mundo entendía, hoy solo piensan entenderlo unos pocos.

Aunque a ver si lo que piensan entender es de verdad lo que se entendía en tiempos de los apóstoles. Tal vez nos engañamos cuando pensamos

estar entendiendo. Desde luego, quien habla de «salvar almas» como si fuese algo independiente de la totalidad del ser humano —con cuerpo y todo, por supuesto— probablemente se equivoca. Quien habla de almas inmortales y eternas tiene difícil, por ejemplo, explicar por qué Pablo está tan convencido de que sin resurrección del cuerpo material nuestra fe es vana y carece de sentido (1 Co 15,13-19). Los autores del Nuevo Testamento parecen estar pensando que cuerpo y alma —cuerpo y *psique*— son inseparables, y que si se pueden distinguir, sería en todo caso como diferentes aspectos de una misma realidad que constituye en sí, toda ella, la persona humana.

Jesús no vino a rescatar almas, o mejor dicho, no habría sido capaz de concebir de esa idea como algo diferente a la llegada del Reinado de Dios como algo que nos afecta enteros: cuerpo, alma (*psique*), relaciones sociales, realidades cívicas, todo aquello que hace de nosotros seres propiamente humanos.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org